





En enero de 1300, el viejo conde Guido de Dampierre estaba abandonado de todos: de Inglaterra, del rey de Alemania y de Holanda (que se estaba entregando á Juan de Avesnes, el abnegado amigo de Francia). Habiendo terminado las treguas, el condado de Flandes fué en pocos meses ocupado enteramente por los franceses. El conde Guido y su hijo mayor fueron perdonados.

Al año siguiente Flandes era administrado, en nombre del rey, por Jaime de Châtillon, tío de la reina. Felipe, la reina y la corte visitaron el país. Diéronse fastuosas recepciones en Douai, en Lilla, en Gante, Brujas é Ipres, etc. Los *renenghes* (parlamento y administración de Flandes) fueron dirigidos por el rey en septiembre. Las flores de lis reemplazaron al león negro en las banderas. Se comenzó la construcción de muchos castillos. Los nuevos dueños se instalaron en ellos.

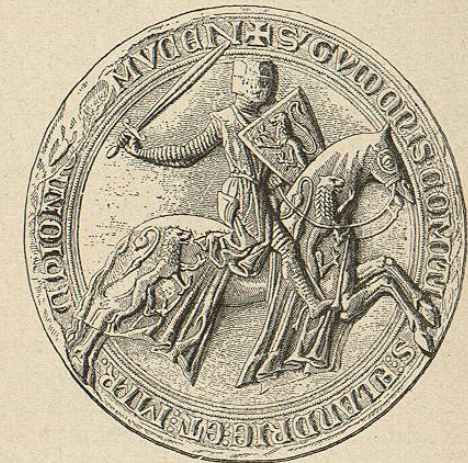
Pero las grandes villas de Flandes, gobernadas por un patriciado de capitalistas, repletas de proletarios, no se parecían mucho á las «buenas villas» de Francia, tan pacíficas en general. En cada una de ellas existían odios feroces entre aristócratas y oficiales, entre pobres y ricos; el que se apoyaba en uno de los partidos era enemigo del otro. Existían celos entre ellas: Brujas y Gante, por ejemplo, eran rivales. Y estas poderosas repúblicas, las más ricas del mundo, cuyos campanarios y mercados aún hoy día, arruinados, imponen tanto, no tenían la costumbre de obedecer con docilidad á sus señores. Y como las gentes del rey tenían costumbre de ser obedecidas, surgieron conflictos.

Cuando la entrada de Felipe en Brujas, la muchedumbre había permanecido silenciosa: apenas partido, estalló un tumulto contra los ricos y escribanos que allí, como en todas partes, eran del partido de las lises. El bailío del rey hizo encerrar en el Steen á los agitadores: el pueblo los libertó. Jaime de Châtillon, el gobernador, suspendió las franquicias de la ciudad, hizo derribar sus murallas y desterró á un tal De Coninck (el rey), tejedor, «de poca talla y miembros raquíticos, que jamás había poseído diez libras,» pero á quien quería el pueblo. Coninck volvió y fué dueño de Brujas. El 17 de mayo de 1302, Jaime de Châtillon ocupó la villa. El 18 por la mañana, los reclutadores franceses fueron muertos ó prendidos en sus lechos: he aquí los *Maitines de Brujas* ó el «hecho del viernes de Brujas,» que se compara frecuentemente con las Visperas Sicilianas.

Y ya estaba declarada la guerra entre los «oficios» de Brujas, á quienes bien pronto apoyaron los burgos y las villas de Flandes occidental y el rey. El primer choque se dió ante Courtrai (11 de julio). La temeridad de los jefes de la caballería francesa y su desprecio de toda táctica racional produjeron un desastre. No creyeron digno de ellos utilizar los diez mil alabarderos, en gran parte italianos, de que podían disponer. A fin de tener el honor de desbaratar en persona la infantería flamenco, cargaron en seguida. Millares de caballeros cayeron al foso. Roberto de Artois, Pedro Flote y cantidad de grandes señores quedaron enterrados. No hubo prisioneros. En memoria de los hombres, jamás había tenido lugar tan sangrienta batalla ni tan completa rota. Cuatro años antes (22 de julio de 1298), la caballería de Inglaterra, habiéndose hecho ayudar de los arqueros, había destrozado en Falkirk un ejército de escoceses

análogo al ejército flamenco que combatía en Courtrai. Falkirk, Courtrai, anuncian los grandes desastres de la guerra de los Cien años; cincuenta años más tarde, los ingleses no habían olvidado nada, ni nada habían aprendido los franceses.

La impresión causada por esta rota memorable fué profunda por ambas partes y en todo el Occidente. La campaña de 1303 no restableció el negocio de los vencidos, porque no solamente fué perdido Flandes, sino que los flamencos entraron en Artois. Dos veces, en septiembre de 1302 y en septiembre de 1303, el rey no se trasladó al teatro de la guerra más que para retirarse en seguida. Hubo tumultos y pánicos entre los solda-



Sello de Guido de Dampierre

dos al servicio real. El odio á los franceses engrosaba en las poblaciones: cuando la toma de Téroanne, fué decapitada una estatua de San Luis. El gobierno de Felipe *el Hermoso*, que hacía, en esta época, el esfuerzo final contra Bonifacio, se mostró propicio á consentir una tregua (20 de septiembre de 1303), y Guido de Dampierre, puesto en libertad bajo palabra, fué autorizado á volver á Flandes «para tratar de paz,» á condición de encarcelarse nuevamente si la paz no se realizaba.

La paz no se realizó en efecto. No podía realizarse antes de que el rey, que tan fácilmente había conquistado Flandes del conde y que tan fácilmente había sido expulsado de allí por los flamencos, reparase hasta cierto punto el accidente del 14 de julio de 1302.

La campaña de 1304 es tal vez la más bien conocida, desde el punto de vista militar, entre todas las campañas de la Edad media, porque muchos testigos de una y otra parte (Melis Stoke, Guillermo Guiart, etc.) dejaron de ella minuciosas relaciones. Diéronse dos grandes golpes: Zierikzee y Mons-en-Pevele. Guido de Namur, de la casa de Flandes, sitiaba Zierikzee, en Zelandia (1). La flota real, compuesta de bajeles franceses, genoveses y españoles, dirigida por un genovés, cerró, para bloquear la villa, un combate que terminó con ventaja por su parte; Guido de Namur fué hecho prisionero. Mons-en-Pevele (18 de agosto) fué una estupen-

(1) La nobleza de Zelandia estaba entonces en rebelión contra su conde Guillermo, hijo y sucesor de Juan de Avesnes, aliado del rey de Francia; ayudaba á los flamencos, quienes por su parte le ayudaban contra los partidarios del conde.



da batalla, muy reñida, en la que lucharon más de cien mil hombres. Una parte de la caballería francesa y el rey mismo estuvieron personalmente en peligro. Por la tarde los flamencos, tan apurados como los franceses, se retiraron.

La batalla de Mons-en-Pevele estuvo lejos de afectar para los vencidos el carácter de una catástrofe, porque el ejército que Juan de Namur, hermano de Guido, dirigió para bloquear Lilla, en septiembre, era «tan grande que jamás conde de Flandes lo había tenido tanto.» La principal ventaja de esta jornada fué permitir al rey (que había vuelto á entrar en posesión de Lilla, Béthune, Douai y Orchies) agradecer las satisfacciones que los «hijos del conde de Flandes» le venían ofreciendo hacía algún tiempo.

Publicóse un tratado en junio de 1305 en Athis-sur-Orge. El rey de Francia se reconciliaba con el nuevo conde de Flandes, Roberto de Béthune (Guido de Dampierre había muerto), y le devolvía su feudo. La reconciliación del soberano y del vasallo se hacía á expensas de las grandes villas (Gante, Brujas, Ipres, Lille y Donai), cuyos muros serían derruidos y las alianzas destruidas. Para expiar los *Maitines*, tres mil hijos de Brujas acudirían en peregrinación. Finalmente, el conde pagaría una indemnización de guerra, á saber: 20.000 libras de renta, 400.000 libras en dinero y el sueldo de quinientos hombres de armas durante un año. Los flamencos que durante la última guerra habían estado de parte del rey de Francia, quedarían exentos de contribuir á estas multas, y si se quejaban de haber sufrido ó de sufrir algún perjuicio, se les concederían por el consejo de administración, asistido de prohombres nombrados por el rey, las convenientes indemnizaciones: hasta la completa ejecución del tratado, los habitantes de Lilla, Douai y Béthune, que ya poseía el rey, y los castillos de Cassel y Courtrai, que debían entregársele, permanecerían entre sus manos. Finalmente, el rey se reservaba exigir en adelante las demás garantías que parecieran necesarias.

Pero no todo terminó por este acuerdo. El asentimiento de los principales interesados (la «pobre gente» de las villas de Flandes, el partido de los vencedores de Courtrai) quedaba por obtener. «Cuando las convenciones del año V fueron conocidas de los municipios, dice el analista de Gante, los que las habían consentido y los nobles se hicieron odiosos. Creyóse que iban á ser destrozados, y lo hubieran sido en efecto, si en seguida se hubiese querido ejecutar el tratado al pie de la letra.»

Pasáronse años de negociaciones entre el rey, el conde y las ciudades. En 1308, los de Brujas, en una memoria dirigida á Roberto de Béthune, declaran que se dejaron persuadir en otro tiempo, «de grado en grado,» por los «parleros» del conde y del rey, para que ratificaran con juramento las convenciones del año V, bajo reserva de que se concederían ciertos arreglos que no se han concedido. Protestan nuevamente, con fuerza, contra todo el tratado. Piden su revisión. Creyóse en la corte de Francia acabar con estas resistencias, haciendo castigar con el interdicto del papa á los flamencos que se negaran á obedecer el tratado. Pero Clemente V se zafó de ello. Finalmente, pareció necesaria la revisión. Hízose en 1309. En París, en abril, los representantes de todas las villas flamencas, á excepción de Brujas, ra-

tificaron ante el conde de Flandes, que les había decidido á dar este paso, «por ruegos y amenazas,» el tratado de Athis, modificado, suavizado. Aislada Brujas, cedió en seguida. Guillermo de Plaisians, escoltado del conde Roberto, fué á recibir en cada villa de Flandes la adhesión del municipio reunido.

Había sido preciso luchar desde 1305 á 1309 para que se ratificara el tratado, y será preciso luchar en adelante, siempre, para que sea ejecutado.

Dos años después de la ratificación de París, la ejecución del tratado del año V estaba todavía en suspenso. El cobro de la indemnización de guerra (la *taille le roi*) se hacía malamente. El rey acusaba al conde de retener en provecho propio el dinero de la indemnización. El conde acusaba á sus cobradores lombardos de distraer una parte. Los cobradores se excusaban con la mala voluntad de los contribuyentes, que no querían pagar ó que se pretendían exentos, como habiendo sido antes del partido *leliaert*. En las villas el patriciado *leliaert* trataba de distribuir por tal modo la *taille le roi*, que los «oficios» llevarán la mayor parte. De otro lado los *leliaert* se decían perseguidos. Sus apelaciones á la corte de Francia suscitaban intervenciones, todavía más frecuentes que las que, antes de 1297, habían exasperado á Guido de Dampierre. Todas las dificultades eran propias para ocasionar á lo largo una ruptura. Esto se vió claramente en Tournai en 1311, donde conferenciaron Carlos de Valois, Enguerrando de Marigni, el conde Roberto, su hijo y los representantes de los flamencos. Cambiáronse amargas palabras. Marigni habló de la «bondad y misericordia» de que había dado pruebas el rey en Athis. «No tuvo la ambición de retener bajo su dominio á Flandes; lo que pocos ricoshombres habrían hecho.» A las gentes de las villas que una vez más prometían observar la paz, «aun cuando les pareciera dura.» Marigni dijo: «Esta paz no ha sido dura, sino bienaventurada y graciosa. Es necesario demostrar con actos vuestra buena voluntad.

A partir de este momento, el prejuicio de aterrorizar al conde Roberto y á sus hijos con medidas y sobre todo con palabras enérgicas es evidente. Golpe sobre golpe se confiscan los condados de Nevers y de Rethel; Roberto de Béthune y Luis de Nevers son citados ante el parlamento para justificarse de infracciones á la paz. Al mismo tiempo las buenas gentes de Flandes son invitadas á comparecer por medio de procuradores ante el rey, que no quiere que sean engañadas, «como otras veces, por charlatanes,» y que quiere hacerles, de consiguiente, exponer la verdad. Un mes después de la primera tuvo lugar la segunda conferencia de Tournai (octubre de 1311), en donde se abstuvo el conde de comparecer, pero donde los delegados de las villas oyeron la lectura de un documento preparado probablemente por Marigni; he aquí, según este documento, la verdad; ¡que todos los flamencos la mediten! «El rey y el soberano señorío tienen el derecho de Flandes; el conde solamente el provecho. El rey tiene el derecho porque no existe hombre tan pobre en Flandes, si el conde le quisiera faltar, que no pueda obtener, si se queja al rey, justicia y derecho, aun cuando fuera necesario mover para esto todas las fuerzas del reino. Sépanlo las buenas gentes: en el curso del proceso que va á comenzar, el rey está dispuesto á hacer derecho á todos los que hu-

bieran sido abandonados por la justicia del conde. Este proceso no se intenta, como se dice, por razón de la conducta de las gentes de Flandes, ni de las injurias pasadas que el rey ha perdonado. Sólo el conde es culpable: él, que interceptó y guardó para su uso el dinero pagado para el cumplimiento de las multas impuestas por el tratado. Esto dicho, entiéndase bien, para que todos lo sepan; para que nadie sea tan loco que crea que el rey habla así por miedo de unos ó de otros. ¿Dónde están los que no fueron leales á la corona de Francia? ¿Dónde el duque de Normandía, que era más poderoso que el conde de Flandes? ¿Dónde el conde de Tolosa, que ha perdido su condado? Y que las buenas gentes de Flandes no lo olviden: ellos son quienes han pagado las locuras del último conde.»

Estos procedimientos no produjeron igual efecto sobre el conde que sobre su hijo. Luis de Nevers compareció al parlamento por haber «excitado al pueblo de Flandes contra el rey y contra la paz.» Protestó netamente: fué encerrado y huyó á Flandes imperial, desde donde envió apelaciones al papa y al emperador. Roberto de Béthune cedió. El 7 de enero de 1312 había sido citado, ya no al parlamento, sino ante el tribunal de los pares, como habiendo motivado la confiscación de su feudo; un ejército real se hallaba en Artois: el 11 de julio se resignó á ratificar en Pontoise un arreglo que procuraba finalmente al rey ventajas positivas.

En los términos del tratado de Athis, el conde de Flandes venía obligado á constituir una renta de 20.000 libras. Esperando que esta renta se constituyera, el rey cobraba las rentas de las castellanías de Lilla, Douai y Béthune, que detenía como garantías. Decidióse en Pontoise transformar este régimen provisional en régimen definitivo. El conde quedaría libre mediante el «transporte» á la corona de todos sus derechos sobre las tres castellanías y sus pertenencias. Tal es el célebre «transporte» de Flandes que reunió al dominio real una parte de los dominios valones. No es necesario decir que la determinación de las «pertenencias» ó dependencias de Lilla, Douai y Béthune debía ser, por consiguiente, una fuente de embrollos inagotable.

Sin embargo, las convenciones de 1305 á 1309 eran siempre letra muerta. La indemnización de guerra no se cobraba: las fortificaciones no se demolían; las quejas de los *leliaert* eran más vivas que nunca. En 1313 el rey invitó al conde y diputados de «oficios» de Flandes á que vinieran á él en Arras, durante el mes de julio. Al mismo tiempo convocaba en la misma ciudad un ejército considerable. Pero en la asamblea de Arras el conde prometió todo lo que se le hizo prometer: que influiría para que «la paz» se respetara; que castigaría á los que «agitaban al pueblo contra la paz,» ó á los que «decían del rey villanas frases,» etc. Después de esto, el ejército fué licenciado. En Francia los buenos burgueses, de los que el publicista Godofredo de París cuenta las impresiones, pensaron, no sin apariencia de razón, que los flamencos habían querido ganar tiempo y que el rey se había hecho burlar.

Al año siguiente, ruptura cuya causa no es clara. En la protesta, equivalente á una declaración de guerra que Nicolás de Marchiennes, clérigo del conde, leyó en Gante el 26 de junio de 1314, se encuentra la historia completa, desde el punto de vista flamenco, de las relacio-

nes entre Felipe y Flandes. Dícese allí que desde Athis las gentes del rey no han dejado de intrigar en la jurisdicción del conde y de envenenar las querellas de los partidos. Intentaron, por ejemplo, juntar los «oficios» á la autoridad del conde, excitándolos contra los ricos. Este último agravio parece singular, porque la corte de Francia se había apoyado hasta entonces, en las villas, sobre las aristocracias contra los partidos populares. Era fundado, sin embargo. La corte de Francia creía hábil ahora hacer avances á los hombres de los *Maitines* y de Courtrai.

Así, al cabo de nueve años, las hostilidades volvían á comenzar desde el punto en que las había interrumpido el tratado de Athis. Un capellán del cardenal Napoleón de los Ursinos, Simón de Pisa, escribió á Marigni, por este tiempo, que los flamencos estaban muy inflamados, y Marigni en su respuesta simula una confianza soberbia. «Este grande ardor no me maravilla, fray Simón; es efecto del calor. También nuestros señores son ardientes y adoran la guerra... Y verdaderamente, fray Simón, sabed que el reino de Francia no se deja intimidar con palabras: le son precisas obras. Sabed también que el conde de Flandes y su hijo serán dueños del reino de Francia antes que reconquistar á Lilla y Douai...» Sin embargo, la campaña de 1314 no fué de las que halagan el amor propio de uno ni de otro de los beligerantes. Lo mismo que las de 1312 y 1313, «la hueste de Flandes,» en 1314, se volvió como había ido. Con gran disgusto por parte de los franceses, avergonzados de estas marchas y contramarchas inexplicables (y que acusaban á Marigni de haberse dejado burlar por los flamencos), este gran estrépito de fuerzas acabó en septiembre, cerca de Lilla, por la confirmación de los arreglos anteriores, ya tantas veces confirmados.

Se taconeaba con impaciencia en un mismo sitio; y la atención se fatiga siguiendo estos acontecimientos monótonos que absorbían todos los años, en puras pérdidas, los recursos diplomáticos y financieros del gobierno real. En 1315, la muerte de Felipe el Hermoso resucitó la cuestión siempre litigiosa de la prestación de homenaje. El conde Roberto hizo juramento de prestar personalmente en París el homenaje que debía á Luis X. No obedeció. En el mes de agosto Luis X entraba en Flandes; pero la estación era lluviosa, y el ejército, que era enorme, se atascó. El cronista de Tournai, Gil li Muisit, pinta muy vivamente la lamentable entrada de este ejército en Tournai. En breve la «hueste de Flandes,» en el año 1315, tuvo la suerte de las «huestes» que en 1312, 1313 y 1314 se habían replegado sin hacer nada.

Luis X murió. Se negoció. Los flamencos pedían siempre que «las durezas y obscuridades de la paz concluida entre el muerto rey Felipe y monseñor de Flandes» fueren dulcificadas y esclarecidas. El 1.º de septiembre de 1316 Felipe V consintió en ello. Nuevas concesiones; nuevas ratificaciones.

Pero de las promesas de 1316 los flamencos hicieron exactamente el mismo caso que de las promesas precedentes. Requeridos para observarlas, promovieron dificultades á propósito de las «garantías» de la paz. Los juramentos del rey y de los reales no eran, decían, garantías suficientes; querían que los pares y la nobleza de Francia jurasen asistir á Flandes en caso de que el rey violara el tratado, etc. La voluntad de terminar con